

Netflix compró en 2021 la compañía que controlaba los derechos de las historias del escritor británico Roald Dahl y cedió los textos a la editorial Puffin de literatura infantil y juvenil, que reescribió algunas partes «sensibles» para que «los libros puedan seguir siendo disfrutados por todos hoy en día». Puffin se ayudó de los servicios de Inclusive

Minds, que se describe en su web como «una organización que trabaja con el mundo de los libros infantiles, para apoyarles en la representación auténtica, principalmente conectando a aquellos en la industria con aquellos que tienen experiencia vital en alguna o múltiples facetas de la diversidad». Entre otras censuras, no hay «gordos» ni «feos»

en los cuentos del autor de «Matilda» o «Charlie y la fábrica de chocolate». El escándalo en Occidente puede marcar un antes y un después a la «corrección política». Juan José Fernández Lage, profesor, bibliotecario, creador y director de la revista especializada en literatura infantil y juvenil «Platero», explica las características de Dahl.

Roald Dahl, el anarquista creativo siempre amado y repudiado

La organización Inclusive Minds provoca un escándalo mundial por reescribir «de manera correcta» los cuentos del británico, autor de «Matilda» y «Charlie y la fábrica de chocolate»



➔ Juan José Fernández Lage

El autor británico Roald Dahl (1916-1990) es un clásico de la literatura infantil y juvenil universal, con más de 300 millones de libros vendidos y traducidos a 63 idiomas y casi todos sus libros en versión cinematográfica. El «nihil obstat» ha vuelto a renacer, pues sus libros fueron siempre censurados o repudiados por los adultos, considerados como políticamente incorrectos, irreverentes y antisociales.

Los tabúes en la literatura infantil-juvenil afectaron a diferentes áreas, como la sexualidad, la violencia o la religión. Todo lo que no pasara por el cedazo de la moral, de lo políticamente correcto, lo que no tuviera como objetivo final enseñar cosas útiles, sufría las furibundas críticas de los intermediarios, de los adultos en general, que se convertían en árbitros de lo que convenía o no convenía leer a sus vástagos, imponiendo sus propios gustos a los de los jóvenes. Hay pocos sectores culturales que hayan padecido una censura tan grande como el de los libros para niños y jóvenes: «Tom Sawyer», «Pippa Mediaslargas», «El guardián entre el centeno», «Harry Potter» son algunos ejemplos, sin olvidarse del bibliocausto nazi o la censura de «El Quijote» por Pinochet.

La fantasía, por producir asombro y fascinación, por lo que tiene de subversiva, siempre ha tenido muchos detractores.

El profesor asturiano Marino Pérez Álvarez comenta en su reciente libro «El individuo flotante. La muchedumbre solitaria en los tiempos de las redes sociales»: «Se prepara el camino para que el niño no tenga tropiezos, en vez de preparar al niño para el camino, que siempre tendrá tropiezos, piedras, charcos, subidas y bajadas, encrucijadas y demás. O sea, agobios, conflictos, crisis, decepciones, de-

moras (no todo al instante), disgustos, frustraciones, pérdidas, para todo lo cual no hay aplicaciones que valgan».

El profesor de Psicología y escritor Sheldon Cashdan) sostiene que «donde los adultos ven la cabeza de un ogro cortada, los niños solo ven que la historia ha tenido su fin». Andersen defendía que «los niños pueden oír las peores cosas sin perder la inocencia». En resumen: ¿se trata de preservar el idílico paraíso de la infancia o de darles a conocer tempranamente los problemas del mundo y prevenirlos?

Estas son algunas características de Roald Dahl como autor:

Vivencias de infancia y juventud: aunque consideraba las autobiografías obras llenas de tediosos pormenores escribió tres obras en las que cuenta, de manera amena, sus vivencias: «Boy. Relatos de infancia», dedicada principalmente a sus experiencias escolares en diferentes internados; «Volando solo», sus aventuras como piloto de combate en la Segunda Guerra Mundial, y «Mi año», una especie de diario en 12 capítulos, uno por mes.

En buena parte de sus libros se rastrean vivencias personales más o menos mezcladas con la fantasía. Por ejemplo: el severo y déspota maestro Capitán Hardcastle que retrata en «Danny el campeón del mundo» o la celadora del Colegio St. Peters, vivo retrato de la opresora directora Trunchbull de «Matilda». Su infancia es materia prima.

Irreverente e iconoclasta: «La llave del éxito consiste en conspirar con los niños contra los adultos: no conozco a ningún otro escritor que haga lo mismo: todos crean adultos encantadores». Llama la atención del lector con algún recurso provocativo, aunque la lectura detenida siempre depara una reflexión crítica: la abuela fumadora de puros en «Las Brujas», que invita a su nieto a dar caladitas y a no bañarse; el padre cazador furtivo de faisanes en «Danny el

campeón del mundo»; los pigmeos semiesclavizados en «Charlie y la fábrica de chocolate», o el nieto que hace desaparecer a su abuela con una pócima en «La maravillosa medicina de Jorge»...

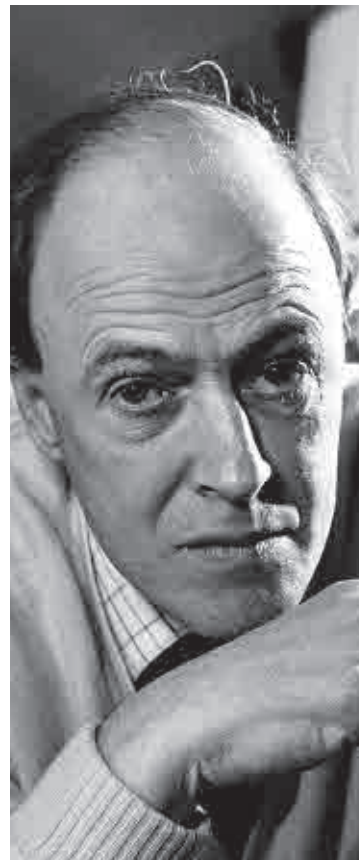
Su única novela para adultos –«Mi tío Oswald»– fue tildada de pornográfica. En «Las Brujas» o en el cuento «El cocodrilo enorme» llega a preconizar que es lícito usar la violencia contra la violencia. «Nunca recibo protestas de los niños», reafirma el autor.

Dahl piensa que el humor negro –del que fue pionero el autor de «Alicia en el país de las maravillas»– es vital en una obra para niños: «los niños» –dice en «Historias extraordinarias»– no son tan serios como las personas mayores y les gusta reírse. Es una gran ayuda tener mucho sentido del humor; esto no es esencial cuando se escribe para adultos, pero es de vital importancia cuando se escribe para niños.

Cuentos de hadas modernizados: sus historias surgen de los cuentos que contaba a sus cuatro hijas y contienen estructuras apropiadas para una narración oral: «Había una vez un valle y en el valle tres granjas y en las granjas tres granjeros» («El Superzorro»)... «el melocotón se hacía más grande y más grande y más grande y cada vez más grande» («James y el melocotón gigante»)...

Toma del cuento clásico no solo personajes o situaciones –pócimas, huérfanos, brujas, gigantes...–, sino las mencionadas estructuras o las triplificaciones o triarquías de personajes a las que aluden los psicoanalistas en un intento de identificar al lector u oyente con el héroe: los tres granjeros de «El Superzorro»; Danny, su padre y el dueño de los faisanes... Un cuento tan emancipador como «Pulgarcito», que libera a sus hermanos de un ogro feroz, ¿no tendrá relación directa con Matilda, que libera con su ingenio a los niños de la opresora directora del colegio?

Los valores: el defecto más fus-



El escritor Roald Dahl. | Ronald Dumont

tigado es la glotonería, criticando también la dependencia de la televisión, la suciedad, la crueldad, el egoísmo, el afán de enriquecerse a cualquier precio. En «Matilda», «Charlie», «Danny campeón del mundo» arremete también contra las pedagogías represivas y los métodos violentos en la enseñanza, de los que él fue víctima.

Se mofa del presidente de Estados Unidos en «Charlie y el ascensor de cristal» y hace una crítica al militarismo en «El gran gigante bonachón».

Su compromiso con la defensa de la Naturaleza está presente en «El Superzorro», «El dedo mágico» o «Los cretinos».

Resalta la importancia de la inteligencia, el ingenio, la imaginación, la responsabilidad, la bondad... y no faltan enunciados del tipo «da igual quien seas o que aspecto tengas mientras que alguien te quiera», «somos mucho más afortunados de lo que pensamos».

Sentimiento religioso: no tenía especial sentimiento religioso y

sus personajes permanecen indiferentes ante cualquier manifestación de fe. En «Boy» cuenta cómo en un colegio el director, que «propinaba las más sádicas palizas a los estudiantes», llegó a ser arzobispo de Canterbury. Y dice: «El comportamiento de aquel hombre me tenía desconcertado. Cuando le oía predicar sobre el Cordero de Dios y sobre la misericordia y el perdón y todas esas cosas, mi tierno entendimiento era presa de una confusión total. Sabía yo muy bien que la noche antes aquel predicador no había mostrado ni misericordia ni perdón flagelando a cualquier pobre crío por haber quebrado las reglas». Y añade: «Fue todo esto lo que hizo que empezase a abrigar dudas acerca de la religión y de Dios. Si aquel individuo era uno de los representantes de Dios en la Tierra, entonces es que había algún error muy serio en todo el negocio».

Feminismo: se le criticó por el papel que las mujeres desempeñaban en sus obras. Antifeminismo provocador, evidente en sus relatos para adultos: la mujer que mata a su esposo con una pierna de cordero congelada y luego invita a los detectives a comerla, la que deja a su marido atrapado en el ascensor y se va a un crucero, la viuda que se mofa del cerebro de su esposo que conserva en una palangana...

Dice su hija Tessa: «Educado por una mujer, acunado por otra, hermano de cuatro adorables rubias de largas piernas, casado con una estrella de cine y padre de cuatro hijas».

Este esencial protagonismo femenino en su vida queda muy bien reflejado en sus libros para jóvenes: su nieta Sofia es el personaje principal de «El gran gigante bonachón», sin olvidarse de «Matilda», crítica por cierto al machismo, o de la adorable señorita Honey en el mismo libro. «No quiero hablar mal de las mujeres. La mayoría de ellas son encantadoras» («Las Brujas»).

Juegos de palabras: combina hábilmente prosa y verso en sus libros y, en la tradición británica iniciada por Lewis Carroll, se recrea con diferentes juegos de palabras, siendo «El vicario que hablaba al revés» su libro más significativo al respecto: «god: dios» se convierte en «dog: perro», por ejemplo. En «Matilda» la señorita «Honey» o miel o la «Trunchbull» o «golpe de toro». O las tías de «James y el melocotón gigante»: «Sponge», esponja por su gordura, o «Spike», estaca, por su delgadez.

Como colofón, una cita de Rafael Sánchez Ferlosio: «La literatura moral es literariamente inmoral».